

INTRODUCCIÓN

“HAY MAYOR FELICIDAD EN DAR QUE EN RECIBIR”.

Este año se nos ha pedido que reflexionemos sobre el tema de la Eucaristía en nuestra Arquidiócesis. En especial, en la Eucaristía y su relación con nuestras vidas y nuestra comunidad parroquial. También el Papa, en su mensaje de cuaresma, nos pide que reflexionemos sobre la siguiente idea: “Hay mayor felicidad en dar que en recibir”. Siguiendo estas líneas de reflexión buscamos que los jóvenes reflexionen sobre la Eucaristía y su relación con su vida como entrega y servicio a los demás.

Hablar de la Eucaristía no es hablar de un rito, ni tampoco de un misterioso “acto mágico” por el cual Jesús permanece entre nosotros en su Cuerpo y Sangre. Hablar de la Eucaristía es hablar de una relación de amor, de una vida de entrega, de servicio que se confirmó en la muerte de Jesús en la cruz y en su resurrección. Por eso, más que un conjunto de ritos, la Eucaristía es un gran gesto de amor; son los signos que Jesús eligió para decirnos cuánto nos ama. Es como la expresión de dos enamorados que se abrazan y se hacen uno queriendo expresarse algo mucho más grande que lo que sus cuerpos les permiten. De la misma manera, en la Eucaristía, nos unimos con Jesús a través de un pedazo de pan y un poco de vino, que significan mucho más que un alimento del cuerpo; en ellos recibimos el amor de Dios por nosotros y nos hacemos uno con él.

Desafortunadamente, la Misa, donde vivimos este encuentro, nos ha sido transmitida de una manera muy mecánica y externa. Está muy lejos de ser esa experiencia de amor que Jesús quiso tener con nosotros. Hemos aprendido a separar la misa de nuestra vida pasada y futura, y la hemos limitado a una “obligación” que tenemos que cumplir para no caer en pecado mortal. Muchos jóvenes ven la misa como algo que les trae paz, pero no saben por qué. Otros les parece un momento padre, al cual pueden ir “cuando les nace”; muchos otros permanecen alejados de la comunión por años sin ningún remordimiento de conciencia. La misa ha pasado a ser para muchos, un momento de ritos extraños que el sacerdote realiza y al cual hay que asistir para cumplir con Dios.

Sin embargo, encontramos signos de esperanza también entre los jóvenes. Vemos grupos de jóvenes que se reúnen entorno a la Eucaristía para cantar y alabar a Dios. Jóvenes que reconocen la presencia de Cristo y asisten al Santísimo para platicar con él, para llevarle sus inquietudes a Cristo. Algunos que reconocen en la Eucaristía un alimento que los llena del amor de Dios para seguir luchando por dar testimonio en el mundo que les ha tocado vivir.

Creemos que tanto para quienes no han logrado comprender y vivir el amor de Dios en la Eucaristía, como para quienes ya lo han comenzado a hacer, será importante detenerse esta cuaresma a meditar en este gran gesto de amor que Cristo nos dejó.

Por ser unos ejercicios cuaresmales, estaremos siguiendo una metodología que nos ayude a reflexionar sobre nuestras vidas: el amor que Dios ha derramado sobre nosotros y los pecados que nos han impedido gozar de ese amor. Por tal motivo, en cada tema tendremos los siguientes momentos: 1) Introducción 2) Momento de la Palabra de Dios 3) Confrontación con nuestras vidas 4) Oración final.

Los temas tendrán el siguiente orden: 1) La vida de Jesús (El ejemplo), 2) La institución de la Eucaristía (el Signo), 3) La muerte y resurrección (El Testimonio), 4) La celebración de la Eucaristía (La Memoria) 5) Nuestra vida como Eucaristía (la acción de gracias).

I. LA VIDA DE JESÚS

“EL HIJO DEL HOMBRE NO HA VENIDO A SER SERVIDO, SINO A SERVIR.” MC 10,45

INTRODUCCIÓN

Imaginemos la siguiente escena:

Jesús es un carpintero, que ha vivido normalmente como cualquier otro varón de Nazaret. Un buen día, en su peregrinación anual en la pascua a Jerusalén se le ocurre invitar a doce amigos a la cena pascual. Con ellos realiza el rito de la cena y tomando el pan les dice las siguientes palabras: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes; hagan esto en memoria mía”. Después tomando el cáliz les vuelve a decir: “Este es el cáliz de la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derrama por ustedes” (Lc 22,19-20). Terminada la cena, Jesús regresó a Jerusalén y continuó su vida como carpintero...

¿Creen ustedes que alguien hubiera comprendido algo? ¿Significarían algo las palabras de Jesús? Lo mejor que hubieran pensado los amigos de Jesús es que estaba desvariando y que estaba tomando la cena pascual “demasiado personal”.

Se puede abrir al diálogo con los jóvenes en este momento con la siguiente pregunta: ¿qué hizo Jesús antes para que los apóstoles que lo acompañaron en la última cena entendieran sus palabras?

I. EL MOMENTO DE LA PALABRA

Desde que Jesús nace, lo hace para servir a los demás. Dice Simeón que Jesús será “luz para iluminar a las naciones y gloria de su pueblo Israel” (Lc 2,32).

Ya grande comenzará su vida pública sanando enfermos, expulsando demonios y enseñando “una nueva doctrina llena de autoridad” (Mc 1,27). Su preocupación principal será instaurar el Reino de Dios entre los hombres y proclamar el año de gracia del Señor. Escuchemos cómo, en la sinagoga de Nazaret, Jesús nos presenta su programa de vida:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor.” (Lc 4,18-19)

Podemos reconocer una vida entregada por los demás, una vida llena de amor, de servicio, de compasión y misericordia. Jesús realizó su programa de vida de manera sobresaliente, vivió por los demás y para los demás.

Jesús no quería dar grandes explicaciones sobre su condición de Mesías y Salvador. Él prefería los hechos; por eso, cuando los discípulos de Juan el Bautista se acercan a Jesús a preguntarle ¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro? Jesús le respondió:

“Vayan y cuenten a Juan lo que están oyendo y observando: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia”. (Lc 7,22)

Jesús tampoco quería el poder. Su presencia buscaba entablar relaciones de amor, no de poder. Si él sanaba y enseñaba no era para ganar fama o poder, él está para servir y si era necesario dar la vida por ello, estaba dispuesto. Por eso, Jesús fue poco comprendido por quienes buscaban la religión como un ámbito de poder y autoridad. Los mismos discípulos se vieron en esta tentación del poder; por eso Jesús los reprende y los centra en la importancia del servicio. Escuchemos el siguiente pasaje:

“Jesús, llamándoles, les dice: Saben que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus dirigentes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre ustedes, sino que el que quiera llegar a ser importante entre ustedes, que sea su servidor, y el que quiera ser el primero entre ustedes, que sea esclavo de todos. Pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por todos.” (Mc 10, 42-45)

Podemos constatar con estos textos que toda la vida de Jesús fue un continuo servir, entregarse por los demás y al final llevar este servicio al extremo al morir por nosotros. Este testimonio de Jesús servirá a los apóstoles para comprender qué era lo que Jesús quería decir en la última cena cuando habló de su cuerpo y su sangre. ***Nos queda claro que las palabras de la Última Cena no se hubieran comprendido sin la vida de servicio y entrega que Jesús vivió entre el pueblo de Israel.***

II CONFRONTACIÓN CON NUESTRAS VIDAS

Es momento de pensar en nuestras vidas y la preparación que vivimos para acercarnos a la Eucaristía.

De la misma manera en la que Jesús preparó el momento de la última cena con una vida de servicio y amor por quienes le rodearon, así nosotros estamos llamados a traer a la misa nuestro esfuerzo diario o semanal de vivir en el amor. Sin este esfuerzo por llevar una relación con Jesús, la misa parecería un rito vacío que no afecta la vida y el corazón.

Cada uno de nosotros está llamado a traer sus gozos y esperanzas, sus luchas ganadas y perdidas, sus preocupaciones y sus alegrías. Toda nuestra vida está implicada en la Misa. No pretende ser un momento “separado” de nuestra realidad. Cuando lo vivimos así, parecería que Cristo vino a separarnos del mundo, de nuestras responsabilidades; que vino sólo para darnos una paz que no nos compromete y una tranquilidad que no nos corresponde.

Démonos un momento para reflexionar:

- ¿Cuándo vengo a misa, vengo a encontrarme con Cristo o vengo a cumplir con la obligación de la misa dominical?
- ¿Qué podría ofrecer hoy a Jesús si fuéramos a celebrar la Eucaristía?
- ¿Cómo vivo mi relación con él en mi familia, mi escuela o trabajo, con mis amigos (as), con mi novio (a)?
- ¿Podríamos afirmar de nosotros mismos la frase que dijo Jesús sobre sí mismo: “yo no he venido a ser servido sino a servir”? ¿Qué podemos cambiar para que así sea?

Después de compartir un momento las respuestas de cada quien se puede terminar con esta comparación.

Imaginémonos las siguientes escenas:

Escena uno:

Hay dos chicos, un hombre y una mujer, que no se conocían. Un día se encontraron en el parque y comenzaron a platicar. Al final de la tarde, él la acompañó a su casa y en el camino se abrazaron y terminaron dándose un beso.

Escena dos:

Hay una pareja de novios, que llevan dos años de novios. Tenían dos semanas sin verse por motivos de escuela y trabajo. Habían hablado por teléfono, pero no se habían visto. Por fin logran verse y después de platicar un rato sobre lo que hicieron en las dos semanas se despiden con un abrazo y un beso.

¿Para quién significó más el abrazo y el beso?... ¿Por qué? (*Tiempo de discusión*)

La segunda pareja estaba expresando su amor al momento de hacerlo. Sin embargo, la primera pareja, lo hizo más por atracción y placer. Por eso, para la segunda pareja significó mucho más y hasta los unió más en el amor que se tenían.

Algo semejante pasa en la Eucaristía cuando comulgamos. Si nosotros no hemos vivido una relación de amor con Jesús en nuestra semana, comulgar no pasará de ser un rito más, que aunque contiene a Cristo a nosotros poco nos aprovecha. Sin embargo, si nosotros nos hemos esforzado por vivir el amor a Jesús en nuestros hermanos, entonces comulgar es un acto de amor que nos une a Jesús y nos fortalece en el amor.

III. ORACIÓN FINAL

CANTO: HAZME UN INSTRUMENTO DE TU PAZ

II. LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

*JESÚS, HABIENDO AMADO A LOS SUYOS, QUE ESTABAN EN EL MUNDO,
LOS AMÓ HASTA EL EXTREMO.
JN 13,1*

INTRODUCCIÓN

Los signos son realidades físicas que nos comunican cosas o situaciones que no podemos ver. Comencemos este día poniendo algunos ejemplos de signos que nos comunican realidades que no vemos.

- Una calavera nos indica peligro o muerte.
- Un semáforo en rojo nos indica que debemos detenernos.
- Un saludo y un abrazo nos indican amistad o cercanía entre las personas.
- Un crucifijo nos recuerda el inmenso amor de Dios por nosotros
- Un beso refleja el amor que dos personas se tienen.

Además de estos signos universales, las personas tendemos a establecer signos para comunicarnos los sentimientos que llevamos dentro. Así, una pareja de novios tiene sus propias maneras de decirse que se quieren; o un matrimonio sabe que tal canción o situación los “pone” románticos.

En este sentido Jesús quiso dejarnos un signo que nos recordara cuánto nos amó y que nos permitiera no sólo recordar, sino hacer presente sacramentalmente su misma persona. Podríamos decir que recordar la Última Cena fue la manera que Jesús eligió para decirnos por toda la eternidad: “te amo y quiero estar siempre contigo”. Por este motivo, en ella recordamos su vida, la cual fue un continuo servicio; y su muerte, la cual fue el testimonio más grande de este servicio y amor por nosotros.

De esta manera podemos comprender mejor el significado de la palabra Eucaristía: acción de gracias. En ella decimos gracias Jesús por tu inmenso amor, gracias por tu testimonio en la cruz y gracias por la vida que nos das.

Esto suena muy bien, sin embargo, la realidad es que la misa la convertimos muchas veces en un rato aburrido, de poca participación y de muchos actos externos que no nos dicen casi nada. Es como si hubiéramos convertido el gesto más grande de amor en una rutina que no expresa por ningún lado todo lo que Jesús quiso dejarnos.

Con esta inquietud los invito a que repasemos brevemente lo que los evangelistas nos narran al respecto para poder revalorar este gran gesto de amor que Jesús nos dejó.

I. MOMENTO DE LA PALABRA

La institución de la Eucaristía sucede en la última cena. Tres de los evangelistas, Mateo, Marcos y Lucas nos comparten una historia muy similar. En seguida cito uno de estos textos para comentarlo.

Quando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles; y les dijo: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con ustedes antes de padecer; porque les digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios.» Y recibiendo una copa, dadas las gracias, dijo: «Tomen esto y repártanlo entre ustedes; porque les digo que, a partir de este momento, no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios.» Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se los dio diciendo: Este es mi cuerpo que es entregado por ustedes; hagan esto en recuerdo mío.» De igual modo, después de cenar, tomó la copa,

diciendo: Este cáliz es la Nueva Alianza sellada con mi sangre, que se derrama por ustedes.

Lc 22, 14-20

Estas son palabras que nos suenan muy familiares y tal vez por eso han dejado de impresionarnos. Sin embargo, si las leemos con atención nos daremos cuenta del inmenso amor y la delicadeza que reflejan por parte de Jesús.

“Antes de padecer”. Jesús sabía que una prueba grande se acercaba en su vida. Conocía ya los planes de Judas y eso le hacía suponer que habría de sufrir ante las autoridades religiosas y civiles. Esto le da un ambiente muy especial a la cena y sobre todo le da una profundidad a sus palabras. Jesús sabía que estaba entregando su vida, que sus palabras serían respaldadas posteriormente con sus acciones. Él no estaba nada más hablando en sentido figurado; estaba entregando su vida, derramando su sangre y lo hacía “para alimentarnos”.

“Este es mi cuerpo que es entregado por ustedes”. Jesús no dice, “esto se parece a mi cuerpo” o “este es un signo de mi cuerpo”. Él identifica su cuerpo con el pan. El pan es su cuerpo. A tal grado entendieron este hecho los primeros cristianos que se les llamó “antropófagos” durante el primer siglo. Los acusaban de “comer” carne humana.

“Este cáliz es la Nueva Alianza sellada con mi sangre, que se derrama por ustedes”.

La sangre representaba la vida. Por eso, en el cáliz con vino Jesús entregaba su vida, hecho que más tarde se comprobaría en la Cruz. Esta sangre, recuerda la sangre de los corderos que eran sacrificados en el Templo de Jerusalén. Esta vez, no sería la sangre de un cordero, sino la del mismo Dios la que sería derramada por nuestra salvación. Por eso, beber la sangre de Cristo, significa unirse a la misma vida de Dios que nos ha sido dada por la muerte y resurrección de Jesucristo.

De esta manera, al entregar su cuerpo y su sangre, Jesús estaba entregando toda su persona. Él ha querido quedarse entre nosotros y en estos sencillos signos: pan y vino, Jesús permanece real y sacramentalmente entre nosotros. Este ha sido su deseo y cuando lo recordamos en la misa, lo que hacemos es repetir y actualizar lo que sucedió hace dos mil años.

Quisiera que repasáramos ahora el evangelio de san Juan. Este evangelio es el que dedica más capítulos al momento de la última cena. Los primeros tres evangelistas no se extienden más que unos cuantos versículos; en cambio, san Juan, utiliza cinco capítulos, 155 versículos, para narrarnos la última cena.

A pesar de toda su extensión, san Juan, no aborda las palabras de la última cena donde se instituye la eucaristía, pero si nos narra un gesto de Jesús que nos ayudará a comprender con mayor profundidad qué quiso decir Jesús cuando dejó su “Cuerpo y Sangre” en la última cena. En seguida leemos este pasaje:

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre y habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

En el transcurso de la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, la idea de entregarlo, Jesús, consciente de que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y sabiendo que había salido de Dios y a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó el manto y tomando una toalla, se la ceñió; luego echó agua en una jofaina y se puso a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que se había ceñido.

Cuando llegó Simón Pedro, éste le dijo: “Señor, ¿me vas a lavar tú a mí los pies?” Jesús le replicó: Lo que estoy haciendo tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde”. Pedro le dijo: “Tú no me lavarás los pies jamás”. Jesús

le contestó: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo”. Entonces le dijo Simón Pedro: “En ese caso, Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza”. Jesús le dijo: “El que se ha bañado no necesita lavarse mas que los pies, porque todo él está limpio. Y ustedes están limpios, aunque no todos”. Como sabía quien lo iba a entregar, por eso dijo: “No todos están limpios”.

Cuando acabó de lavarles los pies, se puso otra vez el manto, volvió a la mesa y les dijo: “¿Comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies los unos a los otros. Les he dado ejemplo, para que lo que yo he hecho con ustedes, también ustedes lo hagan”. Juan. 13, 1-15

Sabemos que lavarles los pies a los participantes le correspondía al esclavo de la casa, e incluso, los esclavos judíos estaban exentos de esta tarea tan humillante para ellos. Por este motivo, cuando Jesús se pone a lavarles los pies a los discípulos ellos se sorprenden tanto. El maestro, ¡lavando los pies! Este fue un gran gesto de Cristo que nos ayuda a comprender la Eucaristía. Jesús se queda en la Eucaristía porque desea “lavarnos”, porque desea alimentarnos o en una palabra porque desea “amarnos hasta el extremo”.

El lavatorio de los pies nos hace comprender también que Jesús pasó su vida sirviendo, amando, sin importar a quien; y por lo mismo sus palabras en la última cena tomaron tanto sentido. Los discípulos comenzaron a comprender que Jesús se quedaría con ellos cada vez que recordaran esa cena. Jesús eligió un signo para mostrarnos su amor. Como todo enamorado, creó este signo para decirnos cuánto nos amaba.

Siendo esto así, la Eucaristía no es un rito vacío, ni un recuerdo de algo pasado. La Eucaristía es el signo del amor más grande de Dios por los hombres. Es el abrazo de Cristo a quienes él ha amado con locura. Es la expresión más profunda de su deseo de hacerse uno con nosotros. Es la voluntad de un enamorado que no se quiere separar de su amor.

Sin embargo, esto está más allá de un gesto sentimental. Este gesto fue sellado con la misma sangre de Jesús. En la cruz, Jesús dio testimonio de este inmenso amor. Por este motivo, la última cena y la cruz no se pueden separar. Son palabra y obra, voluntad y testimonio de aquel *que nos ha amado hasta el extremo*.

II CONFRONTACIÓN CON NUESTRAS VIDAS

Representación

Desde el día anterior, se le puede pedir a dos parejas de jóvenes que hagan las siguientes representaciones.

- 1) La primera escenificación trataría acerca de una novia que prepara con mucho cariño un pastel y se arregla muy bien porque van a celebrar su tercer año de novios. Diez minutos antes de que fuera a llegar el novio, recibe una llamada de él diciéndole que no va a poder asistir porque se “tuvo” que ir a jugar fútbol con sus amigos, ya que el equipo no se completaba.
- 2) La segunda escenificación trataría acerca de una pareja de novios. Él llega con un ramo de flores y una tarjeta, pero ella está más preocupada por la telenovela que están pasando. A los pocos minutos llega un trío que el novio había contratado, pero ella los calla porque no la dejan escuchar la T.V.

¿Qué aprendemos de estas escenificaciones? (Momento de discusión en grupo)

Jesús ha preparado un gran banquete para nosotros. No sólo nos compró un regalo, él mismo se hizo el regalo. Se ha preparado por siglos para estar con nosotros, para compartir su vida con

nosotros. Sin embargo, nosotros estamos tan ocupados con nuestros compromisos o con los medios de comunicación que no somos capaces de comprender el amor que nos tiene.

¿Cuántos jóvenes no se sienten solos, desubicados, ignorados, fuera de lugar, perdidos, sin un rumbo, incapaces de ser amados? Todo porque no saben dónde está Jesús. Porque no han comprendido que Jesús los ama, y los ama tanto que se ha quedado entre nosotros en la Eucaristía.

¿Qué gestos tengo yo para decirle a Jesús que lo amo? ¿Estos gestos son “mero sentimentalismo” o están respaldados con mis obras, con mi testimonio?

III. ORACIÓN.

- Hacer una carta a Jesús donde le demos las gracias por el inmenso amor que nos tiene. Junto a ello propongámonos un gesto o signo con el cual podremos expresarle el amor que le tenemos.
- Al final se puede terminar con el siguiente canto: “Si conocieras el don de Dios”, de la Hna. Glenda.

III. EL TESTIMONIO: LA MUERTE EN LA CRUZ

“SE HUMILLÓ A SI MISMO HACIÉNDOSE OBEDIENTE HASTA LA MUERTE,
Y UNA MUERTE DE CRUZ” FLP 2,8

INTRODUCCIÓN

¿De cuántas palabras vacías está lleno el mundo? Pensemos en la mercadotecnia de muchos productos que consumimos diariamente: Oxxo, queremos verte feliz; Sprite, Calma tu sed; Pepsi... pide más; Coca cola... para los que... (lloran, engordan, ríen), Soriana... a precios bajos por ti; Big Brother... el fenómeno, “sin censura”... Tantas palabras y frases vacías que no reflejan un compromiso sino más bien un egoísmo: “mientras me sirves te atiendo”.

Hoy en día es difícil encontrar un compromiso en las figuras públicas. En comerciantes y políticos encontramos un hambre de “producir”, de “usar” a las personas pero no de comprometerse con ellas. Se nos invita a gastar y votar por ellos, pero difícilmente encontraremos una preocupación real por nosotros, un compromiso personal y solidario con quienes los apoyaron o compraron sus productos.

Encontramos comunidades con medios ambientes destrozados por compañías que estaban más interesadas en sus productos que en las personas que los rodeaban. También encontramos colonias que por años permanecieron sin agua, drenaje o luz porque el líder no “los había necesitado” a pesar de haber escuchado cada año las mismas promesas. De esta manera las palabras pierden su fuerza cada día más. Ahora se exige un contrato, papeles, firmas, dinero, etc. para asegurar un trato entre dos personas.

Inclusive entre los jóvenes, las palabras tienden a perder su fuerza. La mentira a la familia, al maestro, a la novia o novio la escuchamos con mucha frecuencia. Promesas que quedan en el aire, propósitos que se olvidan al siguiente día, compromisos que no pasan de ser buenos deseos.

Sin embargo, hubo alguien que supo guardar su palabra aunque le costara la vida. Jesús, prometió amarnos y lo cumplió hasta la cruz. Pasó su vida sirviendo, prometió amarnos hasta el punto de dar su vida por nosotros...y lo cumplió cuando se le pidió fidelidad. Él nos enseña a vivir con fidelidad nuestros compromisos, ha cumplir las palabras que hemos prometido. Su testimonio en la cruz es el “sello” de su amor, es la palabra silenciosa que grita a todo el universo que el amor se vive hasta la muerte y que las palabras se cumplen con la vida.

Por esto, Jesús muerto en la cruz y resucitado por su Padre es el testimonio que este mundo necesitaba. Testimonio que nos habla de la Palabra de Dios que se hizo carne y entregó su Cuerpo y su Sangre para que nosotros pudiéramos vivir. En la Cruz, la Última Cena toma todo su sentido, es el testimonio perfecto de que Jesús ha entregado su Cuerpo y su Sangre por nuestras vidas.

¿Encontraremos un testimonio más grande en nuestros días?

I. MOMENTO DE LA PALABRA

La conciencia de Jesús ante la muerte

La cruz no llega de manera inesperada a Jesús. Es un hecho, que las Escrituras atestiguan, que Jesús sabía que moriría como los profetas en Jerusalén (Lc 18,31-33). Varias veces advirtió a los apóstoles sobre la inminencia de su muerte para que estos no se escandalizaran cuando esto sucediera. Escuchemos uno de esos testimonios.

Tomando consigo a los Doce, les dijo: «Miren, subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron para el Hijo del hombre; le entregarán a los gentiles, y será objeto de burlas, insultado y escupido; y después de azotarle le matarán, y al tercer día resucitará.» (Lc 18, 31-33)

Más adelante en la Última Cena Jesús hará una clara alusión a su conciencia de que el fin de su vida entre sus discípulos se acercaba al hablar de la traición de Judas: *“El Hijo del hombre se va, como está escrito de él, pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!”* (Mt 26,24)

Esta conciencia de que será entregado nos ayuda a comprender que para Jesús la Última Cena y la cruz están íntimamente ligadas. Su identificación con el pan y el vino son una prefiguración, un adelanto, un signo o sacramento de lo que después viviría en la Cruz y Resurrección. La cruz es así el testimonio con el que Jesús selló sus palabras.

Si la vida que había llevado de servicio les había ayudado a los discípulos a comprender las palabras de Jesús, ahora la Cruz significaba el punto final a esa vida de servicio. Jesús no era “asesinado” en la cruz, él “ofrendaba” su vida, la entregaba sin reparos, confiado más en el amor de su Padre que en el reconocimiento de los hombres. Él es el cordero pascual. Sin embargo, este cordero no es llevado, sino que él mismo permite que lo maten, es un sacrificio que Jesús realiza para que comprendamos su amor. Un amor que sabe dar la vida por quienes ama.

Si nos acercamos a la misma crucifixión de Jesús, podremos comprender la profundidad de este testimonio. Dos hechos de la crucifixión quisiéramos destacar: el perdón que Jesús pide al Padre por todos los que lo están crucificando y su silencio ante los insultos.

El perdón pedido al Padre (Lc 23,34)

Jesús ha vivido toda su vida en continua búsqueda de los marginados y de los pecadores y ahora muere en la cruz entre dos malhechores (Lc 23,33). Ha hablado de perdón y ha predicado el amor a los enemigos (Lc 6,27-42; cap. 15) y, ahora, en la cruz, no sólo rechaza la violencia, sino que perdona hasta a los que le crucifican (23,34) y muere por los que le rechazan. Jesús nunca se ha preocupado de sí mismo, sólo y siempre de Dios y de los hombres.

Jesús ya había hablado de perdonar a nuestros enemigos (Lc 6, 27-35), del perdón del Padre hacia su hijo (Lc 15,11-32), y de perdonar siete veces al día (Lc 17,4). También está la escena de la pecadora pública a la que Jesús le perdona los pecados (Lc 7,48); por último tenemos la oración que Jesús enseñó a sus discípulos donde habla de pedirle perdón al Padre y del compromiso de perdonar los pecados a nuestro prójimo (Lc 11,4).

Por lo tanto, escuchar a Jesús pedirle al Padre que perdone a aquellos que participaban en su crucifixión (sacerdotes, escribas, la muchedumbre y los soldados), nos tiene que hacer pensar en toda sus predicaciones sobre el perdón. En este momento crucial en el que la obra del Padre está llegando a su culmen, Jesús no hace otra cosa sino manifestar lo que él mismo había predicado como parte del mensaje del Reino: el perdón del Padre. De esta manera, Cristo sella con este testimonio de perdón todo lo que ha predicado durante su vida.

El silencio salvífico de Jesús

Los insultos a Jesús los encontramos en los tres Evangelios: el pueblo mira la escena, los magistrados hacen muecas e insultan a Jesús (Lc 23,35), los soldados también lo insultan (Lc 23,36), y de los dos malhechores, uno también lo insulta (Lc 23,39-43). Del contenido de los

insultos, llama mucho la atención la repetición del verbo “salvar”, “*que se salve a sí mismo*” repetirán cada uno de ellos en distintas formas; 4 veces lo encontramos en Lucas, 4 en Mateo y 3 en Marcos; ***ante todos estos insultos Jesús permaneció callado.***

En este silencio se alcanza el testimonio más claro de la misión de Jesús, “*yo estoy en medio de vosotros como el que sirve*” (Lc 22,27). Jesús nunca había rechazado curar o perdonar a alguien, todo su ministerio se había preocupado por enseñar a quien lo necesitara, sanar a quien se lo pedía y perdonar a quien así lo requiriera; pero ahora, Jesús decide “no salvarse” a sí mismo de la cruz, decide permanecer callado ante los insultos y tentaciones. Ahora, en la cruz, resiste a la tentación de salvarse a sí mismo para salvar la humanidad.

Este silencio, es el último testimonio de Cristo. Él ha hablado todo lo que el Padre le ha pedido, ahora su testimonio en la cruz lo dice todo. Sus palabras guardan silencio para que su testimonio hable por sí solo.

II. CONFRONTACIÓN CON NUESTRAS VIDAS

Los jóvenes son muy sensibles ante los anti-testimonios. Generalmente rechazan a alguien hipócrita o que no sienta lo que dice. Sin embargo, ellos mismos se encuentran con que en sus vidas hay hipocresía o falta de testimonio. Esto hace que sucedan dos cosas: o se entristecen y se enojan con ellos mismos, o les empieza a valer, de tal manera que ya no les afecta vivir en estos anti-testimonios.

Jesús nos enseña hoy que las palabras se han de respaldar con la vida, aun y cuando esto nos cueste a veces sufrir. Hoy se nos exige a todos los cristianos un testimonio claro sobre nuestra fe en el amor de Dios. Ya no será la tradición o la amenaza de la condenación lo que sostenga nuestra fe. Ahora ha de ser el testimonio que nosotros demos sobre el inmenso amor de Dios por la humanidad.

Sin embargo, para este testimonio no basta el esfuerzo personal. Nosotros somos limitados en nuestras fuerzas. Todos hemos experimentado caer ante la tentación, aun sabiendo que estamos haciendo mal... lo hacemos. Por eso, es importante reconocer que para dar este testimonio que nos pide Dios, ¡necesitamos de Jesús!

Querer ser cristianos sin Cristo es una locura. Para vivir el amor de Dios, para vivir en la verdad, para ser fieles en la sexualidad y alegres en las dificultades, necesitamos del testimonio de Cristo. Por eso él se ha quedado en la Eucaristía, para alimentarnos, para acompañarnos, nunca para condenarnos.

Se pueden hacer algunos grupos para discutir las siguientes preguntas y al final compartir algunas de las respuestas con todos los asistentes:

¿Dónde es más difícil dar testimonio como jóvenes cristianos?

¿Qué podemos hacer para vivir como Jesús y dar testimonio de nuestras palabras y nuestra fe?

III. ORACIÓN

Se puede leer en silencio durante unos minutos, tal vez dejar que alguien comente qué le llamó la atención de la oración y después orar con ella todos juntos.

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido;
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido,
Muévanme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y, aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
Pues, aunque cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera. Amén.

IV. LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA

*“SI EL PAN ES UNO SOLO Y TODOS COMPARTIMOS ESE ÚNICO PAN,
TODOS FORMAMOS UN SOLO CUERPO.” I COR 10, 16-17*

INTRODUCCIÓN

Hoy quisiera que habláramos sobre la experiencia de soledad que experimentan muchísimos jóvenes. ¿Cuántos jóvenes no se han sentido solos alguna vez en su vida? (Se puede abrir al diálogo).

La experiencia de soledad es algo casi natural dentro de la evolución afectiva del adolescente y el joven. Conforme va creciendo no encuentra en su familia el “rol” que le corresponde vivir. Es tomado en cuenta poco y parece que siempre se tiene que estar peleando con su papá o su mamá. Por otro lado, los amigos son una excelente compañía, pero a veces, por su misma inmadurez afectiva, lo abandonan o lo decepcionan.

Estas situaciones provocan una sensación de vacío, soledad o falta de un rumbo claro en su vida.

Algo parecido les sucedió a los discípulos de Jesús después de su crucifixión. Se sentían solos, desamparados, tristes y sin consuelo ante la ausencia de su Salvador. No comprendían cómo fue posible que aquel que había enseñado con autoridad, expulsado demonios, liberado a tanta gente y resucitado a Lázaro, ahora estuviera muerto. Todo “el mundo” se les venía abajo y no comprendían qué tenían que hacer o cómo habrían de caminar sin él.

Esta soledad que experimentaban los discípulos, nos ayudará a comprender la importancia de la Eucaristía como presencia que acompaña y anima a seguir viviendo el Evangelio de Jesucristo.

I. MOMENTO DE LA PALABRA

Jesús está vivo y presente entre nosotros

El pasaje de Emaús nos puede ayudar a comprender de alguna manera lo que significó la Eucaristía para los primeros discípulos.

El mismo día de la resurrección, iban dos de los discípulos hacia un pueblo llamado Emaús, situado a unos once kilómetros de Jerusalén, y comentaban todo lo que había sucedido.

Mientras conversaban y discutían, Jesús se les acercó y comenzó a caminar con ellos; pero los ojos de los dos discípulos estaban velados y no lo reconocieron. Él les preguntó: “¿De qué cosas vienen hablando, tan llenos de tristeza?”.

Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único forastero que no sabe lo que ha sucedido estos días en Jerusalén?” Él les preguntó: “¿Qué cosa?” Ellos le respondieron: “Lo de Jesús el nazareno, que era un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo. Como los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel, y sin embargo, han pasado ya tres días desde que estas cosas sucedieron. Es cierto que algunas mujeres de nuestro grupo nos han desconcertado, pues fueron de madrugada al sepulcro, no encontraron el cuerpo y llegaron contando que se les habían aparecido unos ángeles, que les dijeron que estaba vivo. Algunos de nuestros compañeros fueron al sepulcro y hallaron todo como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron.

Entonces Jesús les dijo: “¡Qué insensatos son ustedes y qué duros de corazón para creer todo lo anunciado por los profetas! ¿Acaso no era necesario que el Mesías padeciera todo esto y así entrara en su gloria?” Y comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó todos los pasajes de la Escritura que se referían a él.

Ya cerca del pueblo a donde se dirigían, él hizo como que iba más lejos; pero ellos le insistieron, diciendo: “Quédate con nosotros, porque ya es tarde y pronto va a oscurecer”. Y entró para quedarse con ellos. Cuando estaban a la mesa, tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se los dio. Entonces se abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él se les desapareció. Y ellos se decían el uno al otro: “¡Con razón nuestro corazón ardía, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras!”.

Se levantaron inmediatamente y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, los cuales les dijeron: "De veras ha resucitado el Señor y se le ha aparecido a Simón". Entonces ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Lc 24, 13-35

Podemos acercarnos a este texto de muchas maneras. Sin embargo, quisiera que analizáramos la transformación que sucedió en estos dos discípulos, en los que podríamos ver reflejada toda la comunidad cristiana.

No comprenden la realidad

En un principio caminan tristes, cansados, solos, desilusionados, confundidos, porque Jesucristo ya no está con ellos. No comprenden cómo fue que pudieron matar a quien se supone "sería el libertador de Israel". Tan cerrados tenían sus corazones que ni siquiera reconocieron a Jesús caminando con ellos.

La Palabra los ilumina

Después, Jesús comienza a explicarles las Escrituras. A través de ellas, Jesús les fue iluminando todo lo que había sucedido, sus sufrimientos, la muerte y ahora la resurrección. Estas explicaciones fueron disponiendo el corazón para el encuentro con Jesús.

Su presencia los llena de vida

Al llegar la cena, Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se los dio. Este gesto ya lo había realizado Jesús en la última cena. Esta vez sirve para reconocer su presencia. Jesús está vivo, y está entre ellos. Esta es la gran noticia que día a día se recuerda en la Misa. ¡Jesús está vivo, y está entre nosotros!

Salen a compartir su alegría

Una vez encontrando a Jesús, los discípulos tienen que compartirlo. Salen corriendo a comunicarles a los demás su alegría. Jesús está presente y vivo entre ellos. La realidad que los tenía tristes se ha transformado completamente. Ahora "ven" las cosas de otra manera, pues Jesús está con ellos, vivo y lo han reconocido al "partir el pan".

Podríamos decir que esta narración nos muestra el modelo por el que la primera comunidad fue descubriendo a Jesús resucitado presente entre ellos. Su presencia no era sólo una aparición a unos cuantos, sino que ésta se manifestaba sobre todo, a través de las Escrituras, la cual llenaba de sentido a la realidad que vivían y a través de la fracción del pan, la cual manifestaba la comunión de la comunidad con Jesús.

Vemos como los discípulos se ven transformados por la presencia de Cristo. De tristes, se llenan de alegría; de solos, se gozan de su presencia; de cansados, corren a comentarlo con los demás discípulos. Así, la Eucaristía era vista como ese momento de encuentro en el que los cristianos se veían transformados por la presencia de Cristo. No estaban en misa para ofrecer sacrificios, estaban en ella para vivir la presencia de Cristo resucitado y vivo entre ellos por la fracción del pan.

La comunión con Cristo exige la comunión entre nosotros

San Pablo, nos ayudará a comprender que recordar la última cena y celebrar la Fracción del Pan o la misa, exige de todos nosotros un testimonio de unidad con Dios y con los hermanos. Celebrar la presencia de Cristo es más que un acto individual; es el recuerdo que todos como Iglesia hacemos y por lo tanto, comulgar con Cristo exige comulgar con el hermano. Escuchemos qué dice san Pablo.

El Cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es acaso participación de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es acaso participación del cuerpo de Cristo?

Pues si el pan es uno solo y todos compartimos ese único pan, todos formamos un solo cuerpo.
I Cor 10, 16-17

Participar de la Eucaristía significaba unirse con Cristo y unirse con la comunidad. Cuando los cristianos comulgaban, celebraban la presencia de Cristo en la Eucaristía, pero también recibían el mandato de servirse unos a otros. Es como si unieran las narraciones de la última cena y el lavatorio de los pies. Culto y servicio, Eucaristía y Fraternidad eran dos realidades inseparables.

¿Cuántas veces nosotros no hemos aprendido esta enseñanza de san Pablo? Asistimos a misa como si fuéramos solos. Nos sentamos con mucha gente, pero no nos interesan sus vidas. Podemos ir a misa con nuestro hermano, al que no le hablamos, y de todos modos pasamos ambos a comulgar. No debemos olvidar que comulgar es hacernos uno con Cristo, pero también es hacernos uno con el hermano. No podemos separar la comunión con Cristo, de la fraternidad entre nosotros.

II. CONFRONTACIÓN CON NUESTRAS VIDAS

Muchas veces hemos hecho de nuestras celebraciones de misa un acto individual, obligatorio y vacío de una experiencia de encuentro con Jesucristo. Asistimos por cumplir lo que nos inculcaron nuestros padres, o por no tenerme que confesar, o tal vez asistimos y no comulgamos por meses. Después de recordar lo que significaba para los primeros cristianos la Eucaristía nos podríamos preguntar: ¿Realmente venimos a encontrarnos con Cristo? ¿Asistir a misa nos provoca ese gozo del encuentro con Jesucristo vivo? ¿Comulgar me invita a amar a mi prójimo? ¿O no pasa de ser un rito que hacemos para estar bien con Dios? (*Este puede ser un momento para compartir*)

Al principio hablábamos de la soledad en la que caminan muchos jóvenes. Soledad o tal vez confusión por el bombardeo de ideas e imágenes que nos confunden en nuestros valores. Vemos jóvenes confundidos por las ideas de la sexualidad, jóvenes perdidos en la pereza o el placer, en la droga o la indiferencia. En una encuesta nacional, al 85% de los jóvenes no le importaba su fe al momento de vivir su sexualidad, ni tampoco al 90% le interesaba su fe al momento de pensar en los problemas sociales o políticos. ¿Dónde está Cristo en sus vidas... encerrado en un sagrario?

Hoy vemos a Cristo separado de las vidas de los jóvenes. Caminan como aquellos discípulos de Emaús, solos, confundidos, desilusionados, porque no han encontrado su verdadera felicidad. Hartos de andar todo el día corriendo, entre la escuela y el trabajo, vacíos de perder tanto tiempo haciendo nada, desilusionados de que nadie los toma en cuenta; o tal vez alegres por cosas tan superficiales que después terminan vacíos. Por esto, la misa es un momento importantísimo en sus vidas. En ella encuentran la Palabra de Dios que los guía y la Eucaristía que los alimenta y los llena de la presencia de Cristo. En la misa se pudieran encontrar con Cristo para vencer sus miedos y su soledad. Sin embargo, van a misa y no experimentan nada de esto. ¿Quién se ha equivocado? ¿Cristo que se ha alejado de ellos, o ellos que no han buscado a Cristo?

Se pueden hacer en este momento grupos pequeños para compartir ¿Qué nos ha fallado para experimentar el gozo de la presencia de Cristo en nuestras celebraciones?

III. ORACIÓN

Canto: Te pertenezco (Jesed)

V. NUESTRA VIDA COMO EUCARISTÍA
HAY MAYOR FELICIDAD EN DAR QUE EN RECIBIR

Este día se podría vivir una misa en la que se expliquen brevemente los momentos que nos ayudan a encontrarnos con Cristo: el Perdón, la Palabra, nuestra Ofrenda, la Consagración y la Comunión.

Si no se pudiera vivir la misa, se sugiere terminar con un momento frente al Santísimo. Ya sea que se expusiera el Santísimo o sólo se arreglara una Cruz o una imagen de Cristo. El siguiente esquema se podría seguir para guiar la reflexión.

CANTO DE ENTRADA

I. DISPONIENDO NUESTRO INTERIOR

Lo primero que tenemos que hacer para poder estar con Jesús es callarnos un momento y disponernos a escucharlo a él. Por este motivo, se sugiere dejar unos minutos en silencio donde se les pida a los jóvenes dejar todo a un lado y disponerse a estar en la presencia de Aquel que los Ama.

Lector: Venimos ante la presencia de Jesús. Sabemos que no hay nadie que nos conozca mejor que él y a pesar de ello, no hay nadie que nos ame más que él. Por eso, para comenzar nuestra oración démonos cinco minutos para poner en manos de Jesús todas nuestras inquietudes, nuestros pensamientos, nuestras preocupaciones. Las dudas que traemos, la música que no se calla en nuestro interior, la preocupación por aquel examen o las broncas en el trabajo... todo lo ponemos en este momento ante el Señor.

Se puede poner música de fondo durante 5 minutos.

II. MOMENTO DE LA PALABRA

DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN. 6, 51-58

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: "Yo soy el pan vivo, que ha bajado del cielo; el que coma de este pan, vivirá para siempre. Y el pan que yo les voy a dar es mi carne, para que el mundo tenga vida". Entonces los judíos se pusieron a discutir entre sí: "¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?"

Jesús les dijo: "Yo les aseguro: Si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no podrán tener vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día.

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como el Padre, que me ha enviado, posee la vida y yo vivo por él, así también el que me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo; no es como el maná que comieron sus padres, pues murieron. El que come de este pan vivirá para siempre".

Palabra de Dios.

Reflexión

Jesús se nos presenta como el verdadero alimento, como aquel pan que nos hará vivir para siempre. En realidad es el alimento que nos hace permanecer en Dios y nos da lo que ningún otro alimento nos puede dar.

¡Qué importante es darnos cuenta de este hecho! Cuando comulgamos no sólo cumplimos con un rito, estamos uniéndonos con Cristo. Él viene a nosotros y se nos ofrece con el corazón abierto, deseoso de hacerse uno con nosotros. Es como los novios que van buscando a su pareja para compartir con él o ella su vida, sus gozos y esperanzas, su tiempo y toda su persona. Así viene Cristo a nosotros en la misa. Deseoso de abrazarnos, de amarnos, de sanarnos, de escucharnos y caminar con nosotros.

Sin embargo, ¿cuántas veces hemos asistido a misa y no hemos comulgado? ¿Cuántas veces nos acercamos a presenciar la consagración y no nos preparamos para recibirlo a Él? ¿Te imaginas tu a una pareja que esté en el mismo lugar pero no se salude o no se dé un abrazo? ¿Qué pensarías de su amor? Cristo está en la Eucaristía, deseoso de llenar nuestro corazón de gozo, como a aquellos discípulos de Emaús a quienes se les llenó el corazón del Espíritu Santo. ¿Qué estamos haciendo para acercarnos a Él como Él lo hace con nosotros?

Pidámosle a Jesús en este día, que nos permita experimentar ese gozo enorme de dos enamorados que se encuentran. Que nos llene con su amor, nos inunde con su Espíritu, que nos ayude a no dejarnos llenar por nadie más (pereza, indiferencia, drogas, placer, etc) sino Él.

*Contempla a Cristo y deja que te hable a tu interior
Se puede agregar un canto de meditación.*

II. CONFRONTACIÓN CON NUESTRAS VIDAS

Alimentarnos del Cuerpo de Cristo no significa pasar a comulgar solamente. Alimentarnos del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo implica hacernos uno con Cristo; Él mismo nos dice: *“El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él.”*

Hemos visto lo que significa vivir lo que él vivió. Significa vivir sirviendo a los demás, haciendo de nuestra alegría el dar y no el recibir. Significa dar testimonio de que creemos en Él, tal como Él lo hizo en la cruz por nosotros. Significa por último, vivir como verdaderos hermanos, unidos todos en Cristo como un solo Cuerpo.

Pensemos un momento en estos tres compromisos:

- Vivir la vida sirviendo
- Dar testimonio de en quién creemos
- Vivir como verdaderos hermanos

¿Qué compromiso me cuesta más vivir?

¿Cómo me puede ayudar Cristo a vivir estos compromisos?

¿Qué propósito me quiero hacer esta Cuaresma para vivir la Eucaristía en mi vida?

Se puede agregar un canto de meditación final.

III. ORACIÓN Y BENDICIÓN FINAL